

Diario de Eñe

Manuel Rodríguez Rivero

Notas sedentarias del viajero superfluo
Del 29 de julio al 15 de octubre de 2009

29 de julio

(1ª parte. Madrid): Como debo de tener fama de puñetero, ayer recibí un correo-e de Toño Angulo en el que se curaba en salud dejándome claros los términos del encargo: mi diario irá del 1 de agosto al 4 de noviembre, su extensión será de 3800 a 4000 palabras, me pagarán lo estipulado (poco: la cantidad exacta es la primera autocensura a la que me someto), deberé entregar el texto puntualmente y enviar factura, abrazote.

(2ª parte. Newark): Ahora son las 22:20 hora local (las 04:20 del día de mañana «para mi cuerpo», que es como designa Teresa Bordón al trastorno que produce la brecha horaria del *jetlag*). Estoy aquí ahora, seis horas más joven (pero más cansado) de la edad que tendría en Madrid. Una sensación que por algún motivo me recuerda lo que sucede cuando envías al periódico tu opinión de hoy y la ves publicada mañana, en otro hoy en el que ya no eres el mismo de ayer y quizás ni siquiera pienses igual, y lo que algunos leen como tuyo (suponiendo que haya alguien al otro lado, siempre un enigma) sea ya sólo impostura o antigüedad prehistórica y no te atreverías a firmarlo. No sigamos por aquí: apesta. Por lo demás: de nuevo estoy varado en medio de ninguna parte. En los doce o trece años que hace que vengo viajando en verano a Middlebury College (Vermont), habré dormido cuatro o cinco veces en alguno de los sórdidos moteles cercanos al aeropuerto de Newark, rebautizado pomposamente, tras el 11-S, Newark Liberty International Airport, tal vez para hacer

olvidar el hecho de que de sus pistas despegó el vuelo 93 de la *United* que iba a ser secuestrado por cuatro terroristas en nombre de un dios clemente y misericordioso (como todos), y que acabó estrellado en un campo de Pennsylvania, antes de que pudiera hacerlo en la Casa Blanca o en el Capitolio. Continental, que es la compañía con la que suelo viajar (quizás esta vez escarmiente, quizás ya nunca vuelva a hacerlo), subcontrata la parte doméstica del trayecto (desde Newark hasta Burlington, Vermont) a otra local cuyos vuelos son sistemáticamente cancelados cuando los meteoros son adversos. En esta época del año suelen serlo. Y a los fatigados viajeros se les escamotea un vuelo tras otro hasta que ya no quedan más. Entonces los empleados de la compañía se los quitan de encima enviándolos a dormir hasta mañana a un Holyday Inn o a un Sheraton o a un Days Inn o a un Best Western o a un Marriott. Normalmente la aerolínea se hace cargo de la estancia y alguien le entrega al damnificado un vale para que se tome un tentempié (suelo inclinarme por una hamburguesa). Pero, «debido a la crisis», este año el viajero debe elegir entre dormir en una butaca del aeropuerto o pagarse el alojamiento de su bolsillo. Desde la ventana de la habitación del motel en el que me hallo se obtienen amplias vistas de una docena de enormes tanques de queroseno y del yermo estéril y miserable que los rodea. *Bartleby*, frente a cuya ventana sólo había una pared de ladrillos, no me envidiaría. Mientras escribo esto escucho en la tele de mil canales la voz nasal y desopilante de Lucille Ball en una vieja película de la serie *Te quiero, Lucy*. Rejuvenezco, supongo.

30 de julio

Más que del color de una pantalla de televisión sintonizada en un canal muerto, el día amaneció con el disuasorio aspecto de una sentina atascada (como estaba al otro lado del cristal, parecía inodora), de manera que me temí nuevas cancelaciones y retrasos. Pero hubo suerte: me trasladé en microbús al aeropuerto y, tras algunas horas de espera en el no-lugar leyendo el *New Yorker*, el prehistórico bimotor consiguió despegar y, hora y media después, aterrizar en Burlington. Hermoso Vermont. Desde el aire y bordeando el lago Champlain,

bosques y pastos en todos los tonos del verde salpicados de diminutas manchitas blanquinegras (las vacas). Me esperaba Teresa Bordón, a la que no veía desde hacía más de un mes. Su rostro resplandecía. Me condujo en el Dodge *Caliber* que había alquilado hasta Middlebury College y me mostró la habitación que será de los dos los siguientes dieciséis días. No hay nada como una separación temporal para reciclar cuerpos y almas de parejas largo tiempo estables.

5 de agosto

Mi segundo hogar en Middlebury es la *Main Library*. Aquí he empezado a trabajar sobre las películas norteamericanas de la guerra fría, cuando la histeria anticomunista venteadada por el macarthismo se apoderó de Hollywood. Por las mañanas leo *Reds*, *Mccarthyism in Twentieth Century America*, el estupendo libro de Ted Morgan en el que repaso las periódicas pulsiones autoritarias que han agitado este país. Por las tardes me encierro en una salita perfectamente insonorizada para ver los deuedés de películas como *La gran amenaza*, *El Danubio rojo* y *El telón de acero*. En la última, uno de los malos escucha en la radio música de Shostakovich y exclama, transido: «la primera flor de una auténtica cultura proletaria». La vida en el *College* es un relajo. Todo te lo dan hecho: cuando tienes hambre sólo tienes que acudir al comedor *Proctor* —aquí todos los edificios tienen nombre: es su modo de conferirles *pedigree*— y servirte la comida. Las cosas son fáciles y sencillas, y todo está orientado al estudio y a hacer más cómoda la vida del estudiante. El efecto colateral es que se vive como en una campana de cristal: una burbuja demasiado cerrada y autosuficiente a la que llegan muy amortiguados los sonidos y ruidos del mundo, allá afuera. Lo mismo, también, debieron experimentar los exilados de la Guerra Civil que dieron lustre a la *Spanish School*: los Salinas, los Guillén, los García Lorca, los Giner de los Ríos, los Navarro Tomás, los Casaldueiro y tantos otros que aquí encontraron acogida y esparcimiento estival a cambio de enseñar la cultura escupida y pisoteada por los bárbaros en el país lejano y hecho trizas. El fin de semana escapamos en el *Caliber* del bucólico paraíso, cruzamos el Champlain para pasar al estado de Nueva

York, y nos sumergimos durante un par de días en el imponente paisaje de las Adirondacks. En Saranac Lake, renombrado balneario antituberculoso en medio de las montañas, visitamos la cabaña en la que vivió Robert Louis Stevenson, uno de los más célebres pacientes (otros fueron Sylvia Plath o Bela Bartok). Una vez más, no puedo evitar la sensación de impostura que me embarga cuando visito las casas de Famosos Escritores Muertos: la primera vez que la experimenté fue en Roan Oak (Oxford, Mississippi) ante un frasco de linimento para esguinces que alguien había colocado como pieza de museo sobre la mesa de noche del dormitorio de William Faulkner. Cuando cayó la tarde sobre Saranac, nos dimos un chapuzón aterido en un recodo del lago, frente a las montañas ya negras y, en el cielo, el tísico resplandor de la primera estrella. Nadie nos esperaba en la orilla.

7 de agosto

Flaubert se pasó la vida entera tratando de escribir un libro sobre nada: uno que se mantuviera sólo por la mera fuerza del *estilo*. Hoy, trabajando (pero no me engaño: esto no puede ser un trabajo) en esta biblioteca de Middelbury, con la imponente silueta boscosa las Green Mountains al otro lado de la enorme cristalera de la sala de lectura, leo en un libro de notas de Charles Simic: «el poema que quiero escribir es imposible. Una piedra que flota». Levanto los ojos del libro. Allí siguen, las montañas.

8 de agosto

Vuelvo a pasear mi *regard étranger*, como si fuera el persa de Montesquieu, sobre los verdes campos de Vermont. Un persa desganado, todo hay que decirlo, y con menos capacidad de asombro. Tomamos el coche (yo de copiloto: se me pasó el arroz sin haber aprendido a conducir, y ahora es demasiado tarde para alguien que a los 18 años soñó que atropellaba a una viejecita en un paso cebra) y enfilamos hacia lo que aquí llaman the Northern Kingdom y que es el Vermont más pobre y menos turístico. El aislamiento de este territorio ha sido tan feroz que, según dicen, en otro tiempo fueron frecuentes las relaciones

incestuosas en las familias granjeras. En las carreteras, poco transitadas, compruebo una vez más que este país se ha convertido en sólo cinco años, y gracias a la proverbial admiración que sus ciudadanos dispensan a los triunfadores, en un país de ciclistas de fin de semana. Lo que ha hecho Lance Armstrong por su causa es una verdadera proeza: rara es la ciudad que no cuente con una tienda de bicicletas con sus correspondientes accesorios, algo impensable hace una década. Nos alejamos de la carretera 105 para introducirnos por caminos mal asfaltados o por pistas sin señalar en el mapa. Aldeas pequeñas con casas dispersas con el césped resplandeciente (a través de la ventanilla nos llega el olor a la hierba dominical recién cortada). A medida que avanzamos por el territorio las viviendas se hacen más escasas y menos envidiables: los porches de las granjas, que más al sur se convierten en agradables prolongaciones del salón doméstico cuando hace buen tiempo, se muestran aquí como desordenados trasteros donde se almacenan elementos heteróclitos y antigüedades de la arqueología campesina. Dormimos por cuarenta dólares en un *bread and breakfast* regentado por una familia amable y parlanchina cuyo hijo adolescente estaba convencido de que Spain era una isla del Caribe. A la mañana siguiente nos despertó el cansino y sonoro rumiado de un estupendo ejemplar de vaca Holstein cuya cabeza aparecía enmarcada por la ventana de nuestro dormitorio.

10 de agosto

La última etapa de nuestro viaje norteño fue St. Johnsbury, antigua ciudad industrial que floreció en un esplendor ya muy lejano. Hoy intenta atraer a los visitantes con lo que queda de entonces: muestras de arqueología industrial, viviendas mandadas construir por las familias que más dinero hicieron, amplias avenidas en las que nunca existen problemas de tráfico, situación privilegiada en el cruce de caminos del norte. El gran momento de St. Johnsbury estará siempre vinculado a los apellidos Fairbanks y Cary. El viejo Thaddeus Fairbanks, uno de esos emprendedores poseídos de ambición y surgidos de la nada en los que América ha sido tan pródiga, inventó, entre otras cosas, la balanza de plataforma, una máquina que permitía pesar de una sola vez objetos o mercancías de dimensiones

extraordinarias. Tras conseguir la patente, Fairbanks comenzó a fabricarla en gran escala y a vendérsela a la industria pesada del siglo del progreso, incluyendo a los ferrocarriles de América. A George Cary se le ocurrió utilizar el azúcar de arce, tan abundante en la región (a Guillermo Cabrera le encantaba el sirope de Vermont), para suavizar el aroma y el sabor del tabaco de mascar y, más tarde, del que se empleaba para elaborar cigarrillos. La demanda del producto creció tanto que su fábrica tuvo que ser ampliada sucesivas veces a lo largo de los años. Hoy, la demasiado apacible St. Johnsbury exhibe los restos de su pasado con orgullo asexuado, como siempre les sucede a las reconstrucciones de la nostalgia: su encanto ya no reside en lo que tuvo, sino en ese tono artificial y excesivamente limpio y bien conservado de lo que retuvo. Lo que evoca no es el pasado, sino un presente que ya no puede ser. Edificios de tosco románico richardsoniano diseñados por arquitectos de prestigio, un ateneo, una biblioteca, viviendas restauradas construidas originalmente para capataces y gerentes, media docena de templos de diferentes confesiones para dar culto a un mismo dios igualmente mudo tras liturgias diferentes. Hermosa ciudad en la que lo más importante que queda es el recuerdo hipostasiado de lo que fue. Y es que, también en América, del progreso hace ya mucho tiempo.

(P.S.) A propósito de las fábricas (también de las que ya no se usan), encuentro en la biblioteca del *College* una frase contundente del nada sospechoso Henry Ford: «el hombre que construye una fábrica, construye un templo. El hombre que trabaja allí, reza (*worships*) allí». Quizás se pueda decir más alto, pero no más claro.

13 de agosto

Mañana dejamos el *College* por este año. Tras empacar el abultado equipaje que viajará con nosotros a Nueva York, y mientras Teresa Bordón asistía en Proctor a la gran cena final de alumnos y profesores, me despidió a mi manera de Middlebury y de Nueva Inglaterra en *Mr. Up's*, la taberna más popular del pueblo, degustando una deliciosa *cheeseburger* y una pinta de Otter Creek, mientras sonaba a bajo

volumen el *So What* de Miles Davis: cosas de América. En los últimos días hemos hecho cortos recorridos en coche: a Rutland, donde visitamos un pequeño museo dedicado a Norman Rockwell, y a cuya estación llegaban los ilustres exilados españoles que venían a enseñar en Middlebury en los cuarenta; a Bennington, donde visitamos la casa de Robert Frost, atendida por una anciana devota; a Burlington, donde descubrí (precisamente en Maple St., la calle del arce) una placa recordando la casa en la que había vivido John Dewey, el gran filósofo pragmatista que tendió la mano a Trotsky cuando el derrotado líder de Octubre ya era «el profeta desterrado». Como me sucede año tras año, aún no me he ido de Vermont y ya lo añoro. Aunque quizás el lugar y el contexto no sean en realidad el verdadero objeto de esta nostalgia, digamos, preventiva. Quizás lo que ya evoco como pérdida es más bien a mí mismo aquí. Mi libertad y mi ligereza en este contexto perfecto: este vivir —aunque sea durante una quincena— en la brillante y perezosa burbuja a la que el ruido de las cosas —de la realidad, del (verdadero) trabajo— llega con sordina. Nada espectacular ni aventurero (es en el lado de lo cotidiano donde reside el peligro). Simples y burguesas vacaciones lejos de casa.

23 de agosto

Llevamos ocho días en Nueva York, viviendo en el pequeño apartamento que cada año nos alquila generosamente nuestro amigo Irwin, en la calle 14, entre la 7ª y la 8ª avenidas. El primer día siempre lo invertimos en explorar el territorio. No es una tontería: en esta ciudad todo cambia tan deprisa que es necesario reacomodarse a las transformaciones. La crisis y los impuestos han desterrado de esta parte de Manhattan a muchos pequeños comerciantes, incluyendo algunos restaurantes económicos que frecuentábamos todavía el año pasado. La cercana *High Line* —el paseo recuperado a la antigua línea de ferrocarril elevado que bordeaba el Hudson— ha contribuido al ennoblecimiento (*gentrification*) del llamado Meatpack District, la antigua zona de mataderos y almacén de productos perecederos cuya «resurrección» como espacio de ocio y tiendas de diseño se inició hace poco más de un lustro. El domingo

pasado, una milagrosa y crujiente excepción de sol y brisa en el sofocante engrudo de humedad agosteña, la *High Line* rebosaba de neoyorquinos y turistas celebrándose a sí mismos y a su ciudad. Los cilindros coronados de los depósitos de agua se recortaban contra el cielo a la altura de los ojos del espectador, reforzando las cualidades abstractas del durísimo paisaje urbano (*Nueva York. // Un triángulo escaleno / asesina a un cobrador*), cantaba Rafael Alberti en los veinte). Al atardecer, cuando la luz oblicua de la hora violeta había perdido su violencia y los volúmenes y las formas difuminaban por doquier su implacable solidez diurna, la ciudad entera se me antojó una inmensa escultura fofa y plegable imaginada por un demiurgo burlón, una especie de jugueteón y omnipotente Claes Oldenburg que, cansado de su obra, dejara escapar el aire que la mantenía turgente para que se desinflara hasta mañana sin ruido ni catástrofe.

25 de agosto

Mañana regresamos a lo que desde aquí se me antoja más poblachón manchego que nunca (y, sin embargo, lo echo de menos. Un poco). Los últimos días han sido de exploración por lugares que no conocía. Acudo, por ejemplo, al cementerio de Woodlawn, al norte del Bronx, con la intención de visitar la tumba de Hermann Melville, de quien tantos recuerdos quedan en Manhattan («el horno de ladrillos babilónico de Nueva York», según le escribió a Nathaniel Hawthorne). Pero el enorme camposanto es «fuerte» sobre todo en músicos de jazz: aquí yacen, entre otros, King Oliver, Lionel Hampton, Max Roach, Duke Ellington, «Cootie» Williams (cerca de la tumba de su amigo Ellington), Joe Dixon, Illinois Jacquet, Coleman Hawkins. Frente al sarcófago de granito negro de Miles Davis (sobre el que dejo dos flores ajadas que he expropiado de la tumba del insoportable vibrafonista Milt Jackson) me entero de que el panegírico de su funeral corrió a cargo del reverendo Jesse Jackson. Por la tarde de ese mismo día —y en un brusco giro epistemológico y conceptual que no me resulta nada extraño en Nueva York—, acudo con Teresa Bordón al estreno en cine de barrio de *Inglorious Bestards*, la última película de Tarantino. Trato de identificar el persistente

y tenue estruendo que se escucha en la sala durante los momentos de silencio de la cinta. Al cabo de un rato lo consigo: es el sonido que producen docenas de mandíbulas masticando palomitas compulsivamente. Por la noche del mismo día (ya no sé cuándo) leo un par de relatos neoyorquinos de Henry James que no conocía.

29 de agosto

Back home. Tres días de *jetlag*. Calor. Como cuando me fui, Zapatero y Rajoy continúan en su empeño de elevar el nivel de la noble lucha política nacional. Envío al periódico mi primer artículo de la *rentrée*. Qué ganas tengo de volver a irme. Veo en el cine la aceptable adaptación (Steve Jacobs) de *Desgracia*, la obra maestra de Coetzee, y estoy a punto de salir gritando de *Mapa de los sonidos de Tokio*, de Coixet. Veo también *Enemigos públicos*, de Michael Mann, y salgo corriendo a buscar la banda sonora para poder escuchar otra vez *Bye Bye Blackbird* en la voz rasposa de la fullera (pero seductora) Diana Krall, nueva Ávida Dollars del jazz vocal.

2 de septiembre

Sólo me apetece escribir el diario cuando estoy fuera. Creo que ya he insinuado más arriba (en la entrada de otro día, quiero decir) que lo asquerosamente cotidiano constituye, paradójicamente, la materia de las que están elaboradas las mejores aventuras, y esas suelen ser inefables porque son interiores: me viene a la cabeza, por ejemplo, el momento en que Antoine Roquentin, el improbable héroe de *La náusea*, palpa el célebre guijarro, «húmedo y fangoso» que le desencadena su sórdido y existencial tsunami de preguerra (*Nota bene*: Auschwitz era entonces sólo una antigua ciudad a cincuenta kilómetros de Cracovia y el adolescente Pol Pot estudiaba en una escuela católica de Phnom Penh). Yo también estoy a punto de experimentarlo, a mi modo limitado, resabiado y madrileño. Decido escapar hasta que se me pase el síndrome posvacacional (¡todavía a mi edad!) aceptando una invitación a Barcelona. Almuerzo en *L'Oliver* unos *calçots* con *xanfaina* que

me sientan mal. En una buena librería generalista, me deprime un rótulo de una estantería —«literatura castellana e hispanoamericana»— del que ignoro el significado o la intención taxonómica. Por la noche, y en una fiesta promocional, Paco Rico, un más que aceptable narrador oral, me cuenta una historia sabiamente fragmentada acerca de una respetable petrarquista que militó en las Brigate Rosse («cuando todavía no estaban manchadas de sangre», me aclara el maestro bajo los efectos de un malta de las Highlands). Como la proximidad del Mediterráneo (y los recuerdos brumosos de la ciudad donde me crié) me hace sentir frívolo y ligero, decido enamorarme a distancia de la petrarquista durante un par de días. Esa noche, el Roquentin que llevo dentro acaba tan borracho que termina duchándose en camisa y calzoncillos en el cuarto de baño de mi habitación de hotel. Mientras se somete al higiénico electrochoque lo miro desde fuera con una mezcla isotónica de vergüenza y cariño.

12 de septiembre

Mientras me preparaba un curso sobre «la edición para narradores» (primer «bolo» de la temporada), me tropecé con un texto de Faulkner a propósito de *La paga de los soldados* del que copio una frase que he clavado con chinchetas en la pared de mi estudio, a ver si se me pega algo. Traduzco con libertad: «entonces aprendí a aproximarme al lenguaje, a las palabras: no con demasiada seriedad (como suele hacerlo un ensayista), sino con una especie de respeto alerta; como cuando uno se aproxima a la dinamita; incluso con júbilo, como cuando uno se aproxima a las mujeres, y quizás con las mismas secretas intenciones sin escrúpulos».

19 de septiembre

Uno de los alumnos de mi curso «La edición para narradores» —en el que he intentado explicarles *grosso modo* los caminos y etapas probables (y alternativos) que siguen los originales no solicitados que llegan a cualquier editorial— no tenía menos de setenta y cinco años, pero seguía queriendo saber qué iba a pasar con su manuscrito, e insistía una y otra vez en un asunto tan menor como la carta

de rechazo que algunas editoriales envían a los autores de las obras descartadas. Mientras intento recordar algunas de las preguntas que me hizo, me viene a la cabeza absurdamente una historia enigmática que leí hace tiempo entre los fragmentos incluidos en *La sabiduría griega*, de Giorgio Colli, y que tiene como asunto una competición entre adivinos —sabios, en sentido presocrático— que acaba trágicamente. Calcante reta al hechicero Mopso a que acierte el número de frutos de una higuera en sazón. Mopso responde al punto: «su número es diez mil». La fábula sigue: «así dijo, y les resultó exacto el cálculo del número». Y termina: «al punto, el sueño de la muerte entenebreció a Calcante». Otras versiones aseguran que lo que le preguntó Calcante era que cuántos cerditos llevaba en el vientre una cerda preñada, a lo que Mopso, contestó «tres, y uno es hembra». En lo que ninguna fuente discrepa es en el hecho de que la victoria de Mopso causó a Calcante la muerte «de desesperación».

22 de septiembre

Robinson Crusoe, de DeFoe, y *El ruido y la furia*, de Faulkner, han sido con mucho las dos novelas más importantes en mi vida de lector. Y a las que más veces he vuelto: las únicas quizás con las que he practicado esa lectura intensiva de los antiguos, cuando todavía circulaban pocos libros y la gente repasaba los ya leídos una y otra vez, extrayendo nuevos sentidos o matices a lo ya conocido. *Robinson* la leí primero a los siete u ocho años y en una edición moderadamente abreviada y acompañada de ilustraciones maravillosas que escudriñaba para no perderme detalle. Me fascinaba aquel *homo faber* ingenioso que aprendió a sobrevivir sin ayuda (Viernes llegó cuando ya llevaba muchos años en la isla) en un medio hostil. A partir de la segunda vez que la leí —cuando ya sabía qué pasaba— me irritaba profundamente que el autor no le hubiera permitido rescatar más herramientas y víveres del barco encallado antes de que desapareciera bajo las aguas: está claro que me atraía el aislamiento, pero sin renunciar a los beneficios de la civilización. De Robinson me fascinaba precisamente su obstinada conciencia preindustrial, su obsesiva búsqueda de orden,

su muy burguesa relación con la propiedad y la naturaleza: justo lo que detestaba Deleuze, quien llegó a escribir (con cierta gracia, la verdad) en un artículo incluido en *La isla desierta y otros textos* que el personaje era tan insoportable que al final el lector acababa deseando que el caníbal Viernes diera buena cuenta de su amo. En cuanto a *El ruido y la furia*, que leí por primera vez hace treinta años en una horrenda traducción, siempre me ha resultado un misterio la atracción que sobre mí ejerce esa historia fragmentada y terrible de una familia decadente (los Compson) de una localidad decadente (Jefferson, Yoknapatawpha) en un mundo decadente (el Sur). Tardé mucho tiempo (y muchas lecturas) en descifrar sus dos primeras partes —la del «idiota» (ahora hay que escribirlo entre comillas) Benjy, y la del transtornado Quentin—, ambas presididas por la presencia fantasmal de Caddy, la hermana perdida. Estos últimos días la he vuelto a leer —en la estupenda edición incluida en el tomo correspondiente de la Library of America— y he vuelto a experimentar el vigor y la sabiduría con que Faulkner cuenta una historia que no se podría contar de ninguna otra manera. Daría media vida por escribir algo que le llegara a la suela del zapato.

1 de octubre

Pasé un par de días en el Hotel Formentor para participar en la reedición de aquellas *converses* entre escritores y editores de los años cincuenta. El mar. Hablé con gente interesante y con otros que lo eran menos. El mar. Un fantasma recorre todos los foros de las gentes de letras: el libro electrónico. El mar.

8 de octubre

He escrito diarios desde, más o menos, los 12 años, con continuidad variable. Sintomáticamente, desde que escribo en los periódicos lo hago más espaciadamente. Pero hubo un tiempo —hace como quince años— en que me despertaba e, inmediatamente (sin quitarme las legañas, sin hablar, sin tomar café), me ponía a escribir unas 2000 palabras a mano y de una sola sentada. Las únicas condiciones que me había

impuesto eran no parar, no corregir, permanecer escribiendo durante media hora seguida tanto si tenía algo concreto que decir como si no. Lo hacía así para que fluyera lo más libremente posible todo lo que almacenara mi inconsciente en aquel estado de relativa vigilia. Lo hice con puntualidad diaria durante cinco o seis meses, con el propósito de revisar más adelante lo escrito para ver si había algo aprovechable: una idea, una semilla. Nunca lo hice. Y ahora me lleno de horror pensando que ahí están esos papeles, guardados en varios archivadores junto con el resto de diarios. No quiero leerlos. No deseo que me sobrevivan: qué vergüenza. El fuego.

13 de octubre

Termino. No he cumplido ni la fecha de entrega (me han pedido que terminara antes) ni la extensión pactada. Toño (abrazote) ya no se ocupa de esto. El título es un homenaje oblicuo a Turguénev: se me ha ocurrido hace un rato.